

# LA CATEDRAL DE CHIHUAHUA

POR

FRANCISCO DE LA MAZA

LA ciudad de Chihuahua comenzó como un humilde Real de Minas fundado el 12 de octubre de 1709 con el nombre de San Francisco de Cuéllar, por el gobernador de las minas de Santa Eulalia don Antonio de Deza y Ulloa.

En 1718 se convirtió en villa, cambiando su primer nombre por el de San Felipe el Real hasta que, declarada ciudad en 1823, quedó con el sólo nombre de Chihuahua.

Pronto creció la población y se edificó su primera parroquia, costeada por el sargento mayor Trasviña y Retes, "quien puso de su caudal diez y ocho mil pesos y quiso que las imágenes titulares fuesen la Virgen de Regla y San Francisco de Asís; las primeras alhajas, vestiduras y objetos de culto fueron donados por el capitán Ortiz del Campo y el primer sacerdote que ofició fue el franciscano fray José Zamora".<sup>1</sup>

Poco después construyeron los franciscanos su convento, tipo "misión", cuya iglesia perdura. A fines del siglo XVIII se enriqueció con dos retablos churriguerescos en los cruceros, pintados los fondos de rojo y dorados los adornos.

Los jesuítas construyeron su colegio, que fue tan importante y grandioso que, cuando se efectuó la expulsión de la orden, se pudo convertir en cuartel y en hospital militar. Allí estuvieron prisioneros los principales caudillos de la Independencia y allí fue fusilado el padre

1 Francisco R. Almada. *Resumen de Historia del Estado de Chihuahua*. México. 1955. Pág. 92.

Hidalgo. Mas a pesar de tanta grandeza y tanta historia nada queda, salvo el cubo y parte de la torre de la iglesia donde estuvo preso Hidalgo.

Otras capillas, como Santa Rita, con su severa y bella fachada, y Guadalupe, hoy muy transformada, se construyeron también en el siglo XVIII.

\*

En 1733 decía de Chihuahua el padre Arlegui: "Tendrá a lo menos 25,000 personas dentro de la villa, teniendo la calle principal, entre otras muchas que la adornan, a lo menos media legua, sin que haya hueco de caserío ni por un lado ni por otro".<sup>2</sup>

Y para 1746 podía asegurar Villaseñor y Sánchez: "Es población grande y bien dispuesta en la simetría de sus edificios".<sup>3</sup>

Sin embargo, queda muy poco de la arquitectura civil de la Colonia. Debió ser muy modesta y la destrucción del siglo XIX arrolladora.

En el tomo III de *México a través de los siglos* puede verse un grabado con una panorámica de la ciudad desde la Catedral. Y, en efecto, sus casas eran de un solo piso, con sencillas puertas adinteladas y techos de viguería.

La casa mejor conservada es la del Diezmo, hoy en la Av. Juárez 703. Es ya de fines del siglo XVIII, con caracteres muy marcados del estilo neoclásico. La portada es sencilla, con un recio dintel y jambas lisas. En la clave el anagrama de la Virgen, que llevó una corona imperial, hoy torpemente raspada, por lo que sólo queda la silueta.

Diez vanos simétricos componen su ancha y solemne fachada. El patio lleva un pasillo paralelo a esta fachada, sostenido por columnas de piedra y los paños, las jambas y dinteles de las puertas se adornan con flores. El siglo XIX le añadió una placentera galería al fondo y un segundo patio con pasillos sostenidos por esbeltas pilastrillas de madera. La ciudad de Chihuahua debe reparar y conservar esta casa, una de las pocas antiguas que perduran en esta ciudad ya tan moderna.

Del siglo pasado tiene algunas obras arquitectónicas de primer orden, como el Palacio de Gobierno, la Universidad, la casa Terrazas, la Creel y, sobre todas, la magnífica mansión que fue de la familia Ga-

<sup>2</sup> *Crónica de la Provincia de Zacatecas.*

<sup>3</sup> *Theatro Americano.* Edición facsimilar. Tomo II, pág. 354.

meros, la mejor casa estilo *art-nouveau* que se construyera en la República y posiblemente en América.



Mas volvamos a la parroquia. Pronto fue insuficiente la primitiva, por lo que se pensó en un templo de mayores dimensiones.

Cuando el Ilustrísimo Señor don Benito Crespo, gran obispo de Durango, llegó a Chihuahua en su visita pastoral a principios de 1726 y vió "que era el Real de Minas más opulento de todo el obispado" exhortó al vecindario a que erigiese nueva iglesia, mayor y a todo costo. El señor Crespo, incluso la pensó como una futura catedral: "El fin que he tenido para que dicha iglesia sea tan capaz y a toda costa —escribía al Rey— es porque con el tiempo y permaneciendo, como se espera, dicho mineral, pueda servir de catedral en pareciéndole a V. M. que haya oportunidad, por lo sumamente dilatado de este obispado".<sup>4</sup>

De su episcopal bolsillo dió siete mil pesos, a lo que correspondieron los vecinos dando otros siete mil. El entusiasmo creció y el obispo pudo colocar la primera piedra el 22 de abril del mismo año de 1726 comenzándose febrilmente la construcción con los festinados planos del alarife José de la Cruz.

Este primer plano está firmado: "Maestro de la obra Joseph de la Cruz". Era un templo de una nave en forma de cruz latina, con bóvedas de arista y cúpula circular. Los cruceros eran estrechos y más aún las cuatro capillas laterales. En el cubo de las torres se abrían el bautisterio y otra capilla. En el presbiterio dice que la bóveda tiene 12 varas de ancho por 9 de largo y que toda la iglesia tendría 60, "sin los gruesos de las paredes". Las escaleras de caracol para las torres eran exteriores, alojadas entre las capillas de los cubos y las primeras laterales. Dos pilastras adornarían cada lado de la puerta principal y llevaría, cosa rara, "espadaña".

El 7 de mayo de 1727 el Ayuntamiento convocó a una reunión en la Plaza de Armas a los Diputados de Minería y Comercio y a los principales vecinos. "El Alcalde, llevando la voz de sus colegas, dió a saber a los presentes el objeto de aquella reunión, que no era otro que gestionar lo necesario para construir una iglesia parroquial decente, por

<sup>4</sup> Angulo Iñíguez, Diego. *Planos de monumentos arquitectónicos de América y Filipinas del Archivo de Indias*. Universidad de Sevilla. Laboratorio de Arte, 1939. Tomo I, págs. 181 a 187.

no haber otra que una vieja y reducida capilla de adobes. La arenga del Alcalde cayó en bien preparados oídos y por unanimidad se aprobó que, para reunir fondos destinados a la construcción del nuevo templo, se impusiera una contribución de un real por cada marco de plata, pagando siete gramos los mineros que la sacaron y los otros cinco los mercaderes vecinos y los entrantes y salientes que la comprarán o rescataren... El Rey de España, en cédula fechada en Sevilla el 9 de marzo de 1731, felicitó a sus leales vasallos de San Felipe el Real de Chihuahua por su filantropía, celo y cristianos designios, exhortándolos a que llevaran a pronto término sus proyectos".<sup>5</sup>

Esta nueva e importante contribución económica obligó a que la primera planta se agrandase, aumentándola de una nave a tres.

Se nota que de 1726 a 1730 se había adelantado mucho en los cimientos pues en realidad lo nuevo fue, como observa Angulo, que "los muros del primer proyecto se convirtieron en pilares y el muro de los brazos del crucero se corrió en toda la longitud del templo para formar las naves laterales". De aquí que éstas sean tan estrechas. Y lo curioso y excepcional es la forma de los arcos, pues para hacerlos más altos se usaron en forma oval, parabólicos, en violento contraste con los armoniosos arcos de medio punto de la nave central.

Veamos algunas de las explicaciones que da el alarife. Dice en el lugar de la segunda bóveda: "Se compone todo el ornato de esta iglesia, por la parte interior, de basas y pilastras, capiteles, arquitrabes, frisos y cornisas del orden dórico". Como, en efecto, lo tiene. Frente a la fachada lateral dice: "Puerta de costado. Queda cerrada con sus pedestales y columnas jónicas". Aquí varió totalmente el orden con posterioridad, pues nada hay de jónico en ella.

En la puerta de la antesacristía se dice: "concluída con el orden jónico". Y dentro: "antesacristía. Su largo 8 varas" y "quedan sacadas lunetas; resta cerrar bóvedas".

La sacristía se agrandó notablemente, con 13 y media varas de largo y "queda cerrado un arco que divide las dos bóvedas". La habitación paralela a esta es la "Sala de Tesoro, para guardar las alhajas de la iglesia lo mismo que la sacristía".

Frente a esta sala dice: "Tiene la mayor parte de la iglesia el alto de diez varas al presente y lo demás (menos la fachada de la puerta prin-

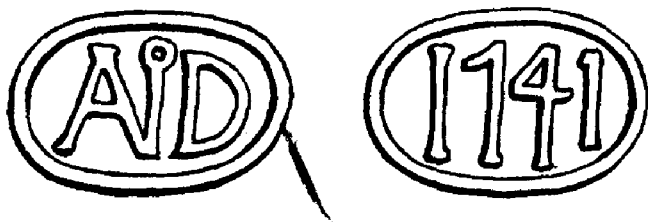
5 J. M. Ponce de León. *La Catedral de Chihuahua*. En "Revista Chihuahuense" 15 de mayo de 1909.

cial) en seis varas. Toda la obra ha de ir ornada con 16 ventanas y las claraboyas que le corresponden”.

Para 1738 iba a medias, pues esa fecha lleva en la cornisa, sobre la clave del arco de la puerta, y es de suponerse que en el interior se cerraban las bóvedas principales.



En 1741 estaba terminada y completa la gran fachada principal, pues en esa fecha la firma, muy ufano, su magnífico autor: Antonio de Nava. En el friso del tercer cuerpo, arriba de las columnas, dicen en la izquierda: “Año de” y en la derecha: 1741,



y en la misma cornisa y sobre los nichos que están a los lados de la escultura de San Francisco, dice:



o sea “hizo Antonio de Nava”, considerando la peculiar ortografía muy frecuente en la época del “iso” por “hizo”.

•

En 1757 se concluyeron las torres, por el alarife Bernardo del Carpio, nada menos,<sup>6</sup> y luego sufrió una larga interrupción la obra de la Catedral debido a que los caudales destinados a ella se invirtieron en las guerrillas contra los indios apaches y comanches que se dedicaban

6 Dato comunicado por don Francisco R. Almada.

a medrar por todos los poblados de la región, hasta 1789 en que el Rey ordenó se restituyesen los 97,873 pesos y 5 reales y 5 gramos que se debían. El Comandante General y Mariscal de Campo Jacobo Ugarte y Zapata ordenó la instalación de una junta que se encargara de la terminación del edificio.

Mandó llevar (¿de México?) al arquitecto Nicolás Morín, quien comenzó activamente su trabajo haciendo los proyectos de los altares mayor y laterales y encargando a diversos artistas contribuyesen a la conclusión de la Catedral, incluso con ornamentos y vasos sagrados. Los presupuestos aprobados por Morín y la junta nos dan los nombres de estos artistas:

Santos Rodríguez, maestro carpintero, hizo las puertas de madera de las tres fachadas, los cancelos, los bastidores para las ventanas y los confesionarios, con un costo de 6,710 pesos.

José María López, maestro platero, hizo los cálices, blandones, incensarios, vinajeras, y una lámpara de plata, todo por valor de 2,877 pesos.

Juan Ignacio Sosa, maestro sastre, hizo las dalmáticas, casullas, sobrepellices y una capa pluvial, costando 10,000 pesos.

Martín de Orozco, maestro herrero, hizo todas las cerraduras, aldabones y llaves.

José Gabriel Carreño hizo el órgano, en 1796.

Juan Antonio Gómez, maestro campanero, fundió las campanas en 1798, que fueron subidas en julio de ese mismo año por don Melchor Guaspe, natural de Mallorca, ex-marino de la Real Armada, que acababa de avecindarse en la villa. <sup>7</sup>

En 1795 "se reparó la portada principal". (¿En qué pudo consistir ese reparo? Lo más probable es que sea el año de la construcción del balustre del remate que, sin duda, por su estilo, es posterior a la obra de Nava). También ese año se bendijeron los retablos de madera, del interior por el presbítero Pedro Granados. <sup>8</sup>

En 1765 decía de ella el obispo de Durango don Pedro Tamarón y Romeral: "La parroquia es fábrica suntuosa, con tres naves y bóvedas que pudiera ser en cualquier parte lucida catedral". Y ya desde sus inicios, en 1729, *La Gaceta de México* avisaba al público: "Se construye en Chihuahua un bello edificio parroquial; es lugar digno de tener coro

7 J. M. Ponce de León, artículo citado.

8 Almada, *Diccionario de historia, geografía y biografía chihuahuenses*. 1927. Pág. 127.

y sede episcopal que lo ilustre". Pocas veces se ha deseado tanto una categoría catedralicia como en Chihuahua.<sup>9</sup>



La primera descripción que se hizo de la parroquia chihuahuense es de José Agustín de Escudero, en su librito *Noticias Estadísticas del Estado de Chihuahua*, del año de 1834. La "suntuosísima" parroquia está descrita de la siguiente y curiosa manera: "El interior del templo es de un orden de arquitectura [sic] y de una elevación semejante a la de San Agustín de esta capital, con la mejora de un gran cimborrio dentro del cual se ven en bajos relieves hermosos adornos y las colosales figuras que representan los padres de la iglesia que miradas desde abajo parece que son de tamaño natural. La fachada principal es de orden dórico y en sus intercolumnios tiene trece colosales y bien cinceladas estatuas que representan al santo patrono que lo es el señor San Fco. de Asís y el apostolado y en el remate de la portada se ve la carátula dorada del reloj dentro de los mismos adornos (en) que antes se veían las armas de los reyes de Castilla. Las torres son dos y tan perfectamente iguales que sólo parecen una vista de lado desde alameda de Santa Rita; son de orden jónico y tienen una altura de 83 varas. Las otras dos portadas son también de orden dórico y tienen varias estatuas colosales que representan los evangelistas y algunos ángeles, pero no puede compararse su elegancia con la de la fachada principal".



En el benemérito, pero ya peligroso *Diccionario de Historia y Geografía*, de 1853, hay otra breve descripción que hizo García Conde a ruegos, seguramente, de don Manuel Orozco y Berra, que es quien firma el artículo "Chihuahua".<sup>10</sup>

Como fue copiada y recopiada sin crítica alguna por historiadores posteriores la cito también íntegra con todo y sus errores:

"El templo tiene su frente principal que ve al noroeste; su longitud es de sesenta y ocho varas castellanas y su latitud de treinta y una. Su

9 *Demostración del vastísimo obispado de Nueva Vizcaya*. (1765). México. Antigua Librería Robredo. 1937, p. 153.

10 Tomo II, pág. 693.

interior está decorado con orden dórico mutular, algo adulterado, por haber sustituido a los triglifos unas medias cañas; se compone de tres naves cerradas con bóvedas por arista y sostenidas las de enmedio por arcos de medio punto y las de los extremos por arcos de medio punto y las de los extremos por arcos peraltados. El colateral principal, las claves de todos los arcos y el adorno de la metopa, en el friso, todo es de gusto gótico. Los dos colaterales de los cruceros son lo mismo que el principal, de cantería, y de orden dórico de vistruvio [sic], y otro dos altares pequeños construídos del año 26 a la fecha, bajo las bóvedas inmediatas a los cruceros, son de orden jónico el primer cuerpo y de compuesto en el segundo. Los espacios comprendidos entre los cuatro arcos torales y la cúpula están adornados con las figuras que representan en bajorrelieves a los Padres de la Iglesia. La portada principal se compone de tres cuerpos que, aunque afectan algo en su decoración el orden corintio, nunca puede decirse que es sino de gusto gótico. En sus intercolumnios tiene trece estatuas que representan al patrono, San Francisco de Asís, y el apostolado, y en el extremo superior se ve la carátula dorada del reloj dentro de los adornos que antes contenían las armas del rey”.

No es de extrañar que, a mediados del siglo XIX, se llamara “gótico” al barroco, pues esta última palabra, a pesar de ser vieja, no la conocían los eruditos. Y hasta el sabio Alejandro de Humboldt llama “gótico” al Sagrario de México. Lo que es más extraño es que también resulte gótico el altar mayor y que fuera de cantería, así como los de los cruceros, si bien estos eran “dóricos” y hechos hacia 1826. Creo que hay un error, por lo que después se verá.

\*

En un curioso libro de 1889 que se llama *De México a Chicago y Nueva York*, escrito para hacerle propaganda al ferrocarril y “para estrechar las relaciones de amistad y comercio entre México y los Estados Unidos”, al pasar por Chihuahua se detiene el autor en la Catedral y repite en parte lo de García Conde, añadiendo esta barbaridad de su cosecha: “tiene una gran cúpula a semejanza de la de San Pedro de Roma...” (?) Pero donde es interesante es cuando habla del altar mayor: “El ciprés es verdaderamente una atrevida obra de arte; sobre una gran base se levantan diez y seis columnas de orden corintio, las cuales sostienen en cuatro grupos una gran cúpula de gusto exquisito que remata con una estatua de San Francisco de Asís; la imagen de la In-



maculada Concepción, que ocupa el cuerpo principal del elegante ciprés, es bellísima; toda la obra de piedra es ricamente labrada y de finísimo dorado".<sup>11</sup>

Esto era en 1889. Ahora no queda nada de este ciprés. Posteriormente a principios del siglo xx, se le endosó a todo el testero un retablo churrigueresco de piedra, que duró visible hasta que, hace algunos lustros se le puso enfrente otro altar, con mármoles italiano, de gusto clásico italiano y hecho por artífices italianos... (En cambio el trono del señor obispo quedó "churrigueresco").

Tenemos pues, que primero, en el siglo xviii, tuvo su retablo de madera dorada, churrigueresco, como fue el uso obligado en toda la Nueva España a partir de 1736, cuando se inauguraron los primeros retablos de ese tipo en la Catedral de México; segundo, ese ciprés que no fue hecho en 1826, sino en 1790 con proyecto de Nicolás Morín, que continuó un año después su hijo Ignacio Morín, así como los altares de los cruceros; tercero, el retablo de piedra, "churrigueresco", de principios del siglo actual; cuarto, el italiano y clásico altar que hoy se le antepone. Esta es la eterna historia de los inútiles —pero, eso sí, costosos— caprichos eclesiásticos.

A propósito del altar neoclásico de los arquitectos Morín, existe la documentación sobre la pintura que debería llevar, publicada por el señor Arellano en el *Boletín de la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos*, tomo II, N° 7. Se pidieron a México las pinturas y se envió un dibujo para que un "práctico" dijera como debería dorarse y jarsearse. El "práctico" fue, nada menos, que el gran grabador don Jerónimo Antonio Gil, Director que fue de la Casa de Moneda, quien cobró 12 pesos por colorear el dibujo. El pintor José Francisco Carreño fue el encargado de la pictórica decoración de los altares, no sin que hubiera un incidente que retardó la obra.

Fue este un "papel" manuscrito que circuló por medio de copias en Chihuahua y firmado por "El Curioso de Durango". Como en él se dicen opiniones muy interesantes sobre la estética neoclásica, transcribimos algunos párrafos: "La arquitectura sería prefiera la piedra al oro y la plata... la arquitectura de piedra y con su color natural se eligió para el Escorial, para El Palacio Real, para la nueva casa de la Academia de la que mandó Carlos III derribar las parambainas de las tallas de la puerta principal... y ninguna de estas obras tiene óleos, ni

11 Págs. 134 y 135.

crismas, ni oro, ni plata, porque la misma piedra y su color natural las hace serias, célebres y semejantes a la arquitectura romana . . . el colateral de Chihuahua es la obra más especial que hay en la Nueva Vizcaya, porque es todo piedra y si se pinta o se dora será una obra muy charra y se cubrirá lo exquisito y particular que tiene con lo charro y antiguo que hay en todas las iglesias . . . en las obras de piedra se ponen los capiteles, frisos y cornisas con el estuco romano que se fabrica de polvo de piedra o de ladrillo muy molido, todo mezclado con cal bien apagada para darle firmeza y mejor color, que parece jaspe encarnado y se amasa con sangre de reses cogiéndola todos los días en las carnicerías y después de amasado y batido se ha de quedar el estuco al aire más de dos meses porque huele mal por la sangre corrompida, pero después se vuelve a ablandar con agua de color que se quiera, se cubren los capitales, frisos y cornisas y si se quiere, estípites y columnas, y enlucidos bien, se deja secar el estuco y sale un jaspeado más primoroso . . .” ¿En qué quedamos? ¿Se debe dejar la piedra sin pintar o sí se puede jaspear con ese polvo amasado con sangre de toro? El brigadier Nava, jefe de la junta catedralicia, prefería no se pintara, por ahorro incluso, pero sí se hizo.



Tenemos que soportar una última —afortunadamente breve— descripción de la catedral hecha por el señor Alberto Castillo, tan disparatada como las anteriores: “Templo de tres naves, mezcla de ojival isabelino y dórico en el interior, y corintio con detalles barrocos en el exterior. Hermosa cúpula. En la portada principal, en el primer cuerpo, están las efigies de cantería blanca de cuatro patriarcas a partir de Abraham; en el segundo las de los cuatro profetas mayores y en el tercero las de los cuatro evangelistas y en el frontis un altorrelieve del nacimiento de Jesús; en las portadas laterales figuran las efigies de San Pedro, San José, Santiago, San Felipe Apostol y San Benito”<sup>12</sup>, que casi es, además, copia de un parrafillo aparecido en la *Reseña Geográfica y Estadística de Chihuahua*, año de 1909, que dice: “Es la Catedral de tres naves, de estilo arquitectónico no muy puro, como muchos otros del país, pues se mezcla allí el llamado gótico u ojival con los órdenes griegos (dórico en el interior y corintio en la portada), adornado con pinturas y estatuas de mediano mérito”. Cuando el psitacismo es así resulta casi un peligro social.

12 Nota en la citada *Demostración* . . . del Obispo Tamarón, p. 165.

Olvidemos todo esto e intentemos una descripción de la hermosa Catedral de Chihuahua.

\*

Veamos el interior. En el arco del coro hay tres bellos relieves: al centro, sobre la clave, un San Esteban, el diácono protomártir, con su casulla a la manera del siglo XVIII. En la enjuta izquierda está la Fe, con sus insignias y en la derecha la Esperanza, con las suyas. ¿Y la Caridad? ¿Dónde está la mayor, según San Pablo, de las virtudes teológicas? No existe ahora, pero tuvo que existir en su época. Tal vez arriba de la clave.

Avanzando por la nave central y contemplando los magníficos arcos formeros, gruesos y solemnes, como arcos romanos de triunfo, hay que fijarse en el entablamento, el más rico y suntuoso que se labró en la Nueva España. No recuerdo otro tan llamativo, tan ornamentado, tan gustoso.

El arquitrabe va adornado con motivos geométricos y vegetales; el friso con sus ... "pentaglifos", pues no son triglifos, y metopas, en las cuales se plasman flores de carnosos pétalos y prominentes corolas.

En las metopas que corresponden a las claves de los arcos fronteros a las puertas laterales, en vez de flores, van máscaras y en los cruceros niños recostados que duermen apoyados en uno de sus brazos. (En los arcos torales, pues en los formeros se destruyeron estos niños al hacer subir a la fuerza y con toda falta de respeto y de decoro, los inútiles copetes o remates de los altares neoclásicos que allí repegó el inefable siglo XIX).

Las claves de los arcos formeros y torales, que llamaron ya la atención de García Conde, son, en efecto, espléndidas. Son diferentes figuras, desde obispos y otros santos y santas hasta simples ángeles. Pero las de la cúpula son cuatro advocaciones de la Virgen: la de Guadalupe de México; la de Guadalupe de Extremadura, frente a frente, y la de Regla y del Rosario. En el tambor están los símbolos eucarísticos y algunos pasionarios, como el cordero, la paloma, la custodia, el cáliz, el trigo y la vid, una cruz y la corona de espinas con los clavos.

Las pechinas son excepcionales por su técnica popular. Llegan a ser monstruosas, pero las salva la deliciosa ingenuidad con que están esculpidas. Son los cuatro doctores de la Iglesia Latina en sus bibliotecas. Están sentados de espaldas a sus libros, que son unas tiras de piedra y

las piernas, alargadas y rígidas, como los pliegues de sus sotanas, son lo más burdo que se esculpió en la Nueva España. Los rostros, barbados y terribles, enjutos, parecen escapados de un capitel románico del siglo xi. Son tan graciosamente torpes que hay que pensar en otras manos de las ya torpes esculturas de la fachada. En cambio las claves y símbolos son de los magníficos canteros de las tres fachadas.

Por último hay que ver las capillas de los cubos de las torres, una que es el bautisterio y otra que fue del Señor de Mapimí. En esta perdura el antiguo retablo churrigueresco, en rojo y oro como los de San Francisco, aunque, eso sí, cayéndose a pedazos. Parece increíble que el único altar antiguo y de los raros en todo el norte, esté destruyéndose por incuria. Esa linda capilla, restaurado el retablo y adornada con lienzos sería un digno sepulcro, por ejemplo, de un señor obispo que la dignificara y salvara de la ruina.

En la sacristía se conserva el precioso lavabo de piedra pero rodeado ahora de corrientes mosaicos azules (1). En pintura existen tres óvalos y catorce lienzos grandes con un *Via Crucis* de mediados del siglo xviii, anónimos, pero inconfundibles como de la escuela cabrerista de la época.

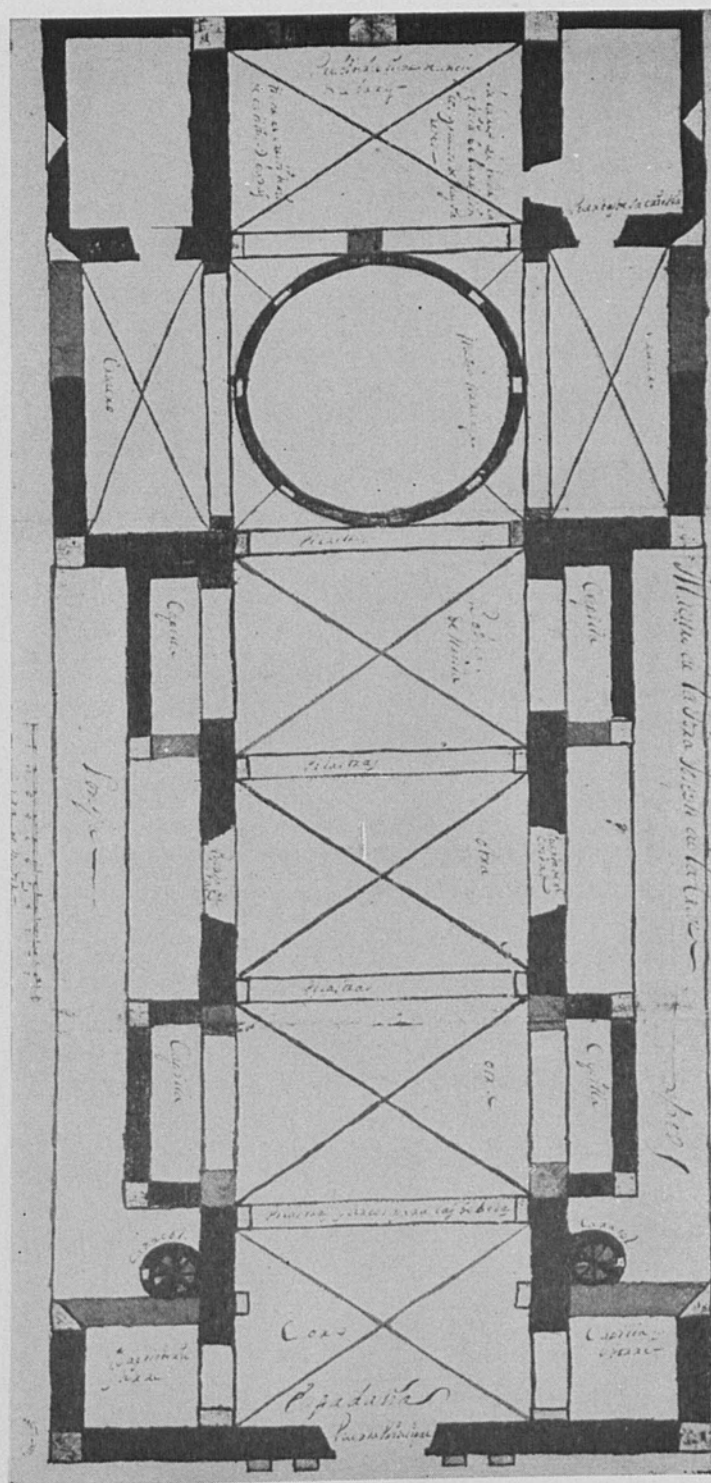
Las puertas que dan a la sacristía y al antiguo tesoro son excelentes. Difieren de las portadas exteriores por sus pilastras, muy ornamentadas y sus ricos roleos sobre el dintel.

El atrio estuvo cerrado en el siglo xix por una modesta barda, de piedra, de escasa altura, que no impedía para nada el gozar la vista completa de las fachadas. Frente a éstas iban unos pilares, también bajos, rematados por pirámides.

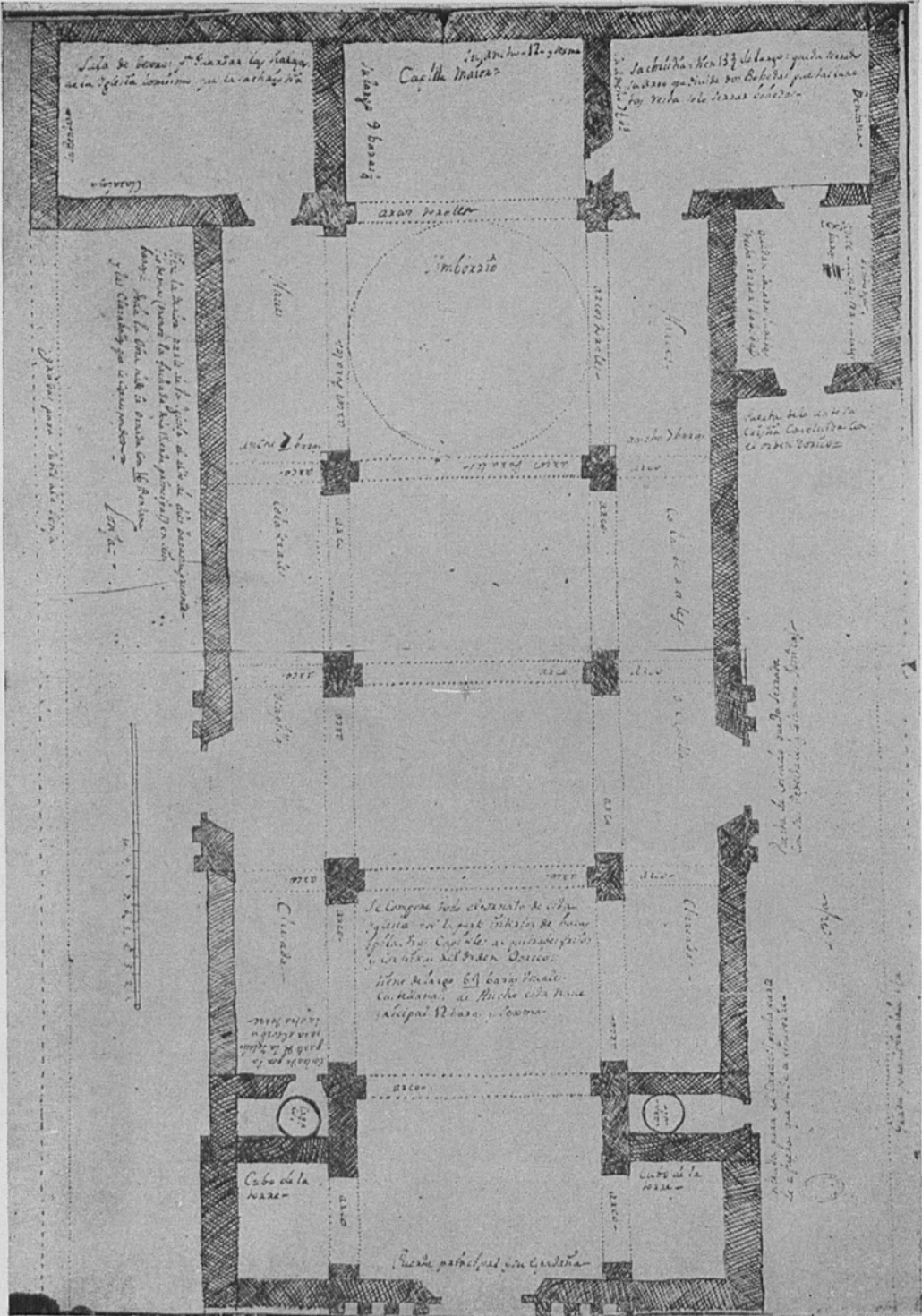
Ahora tiene, una horrible y gruesa y tupida verja de hierro, pintada de verde, de esas que se usan para los jardines. Como la absurda verja tiene casi dos metros de altura, oculta buena parte de las fachadas y, más aún, frente a éstas se alzan dos postes con dos enormes faroles que, a distancia, no dejan ver las puertas. ¿Qué espera la mitra de Chihuahua para quitar esos increíbles adefesios? En el citado *Boletín* de diciembre de 1938 hay una fotografía en que se ve parte de la fachada y dice al pie: "Vista de la Catedral sin la verja de hierro actual resaltando más su belleza arquitectónica".

\*

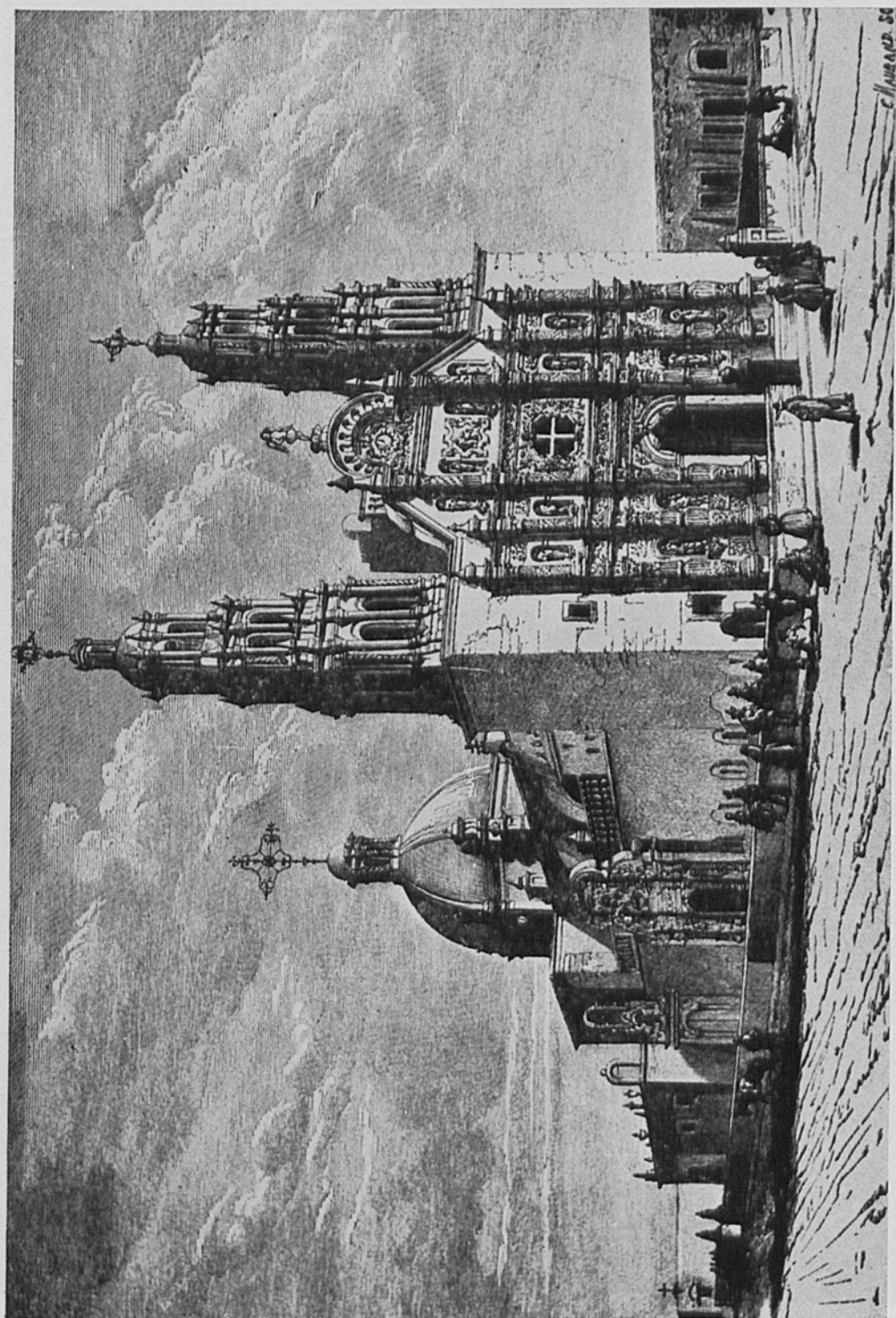
Existe una hermosa litografía, que debe ser de fines del siglo xix. Sin duda perteneció a un libro o revista. La firman "Lancelot" y "C.



1. Plano del alarife José de la Cruz, en 1726.



2. Plano con las reformas de 1730.

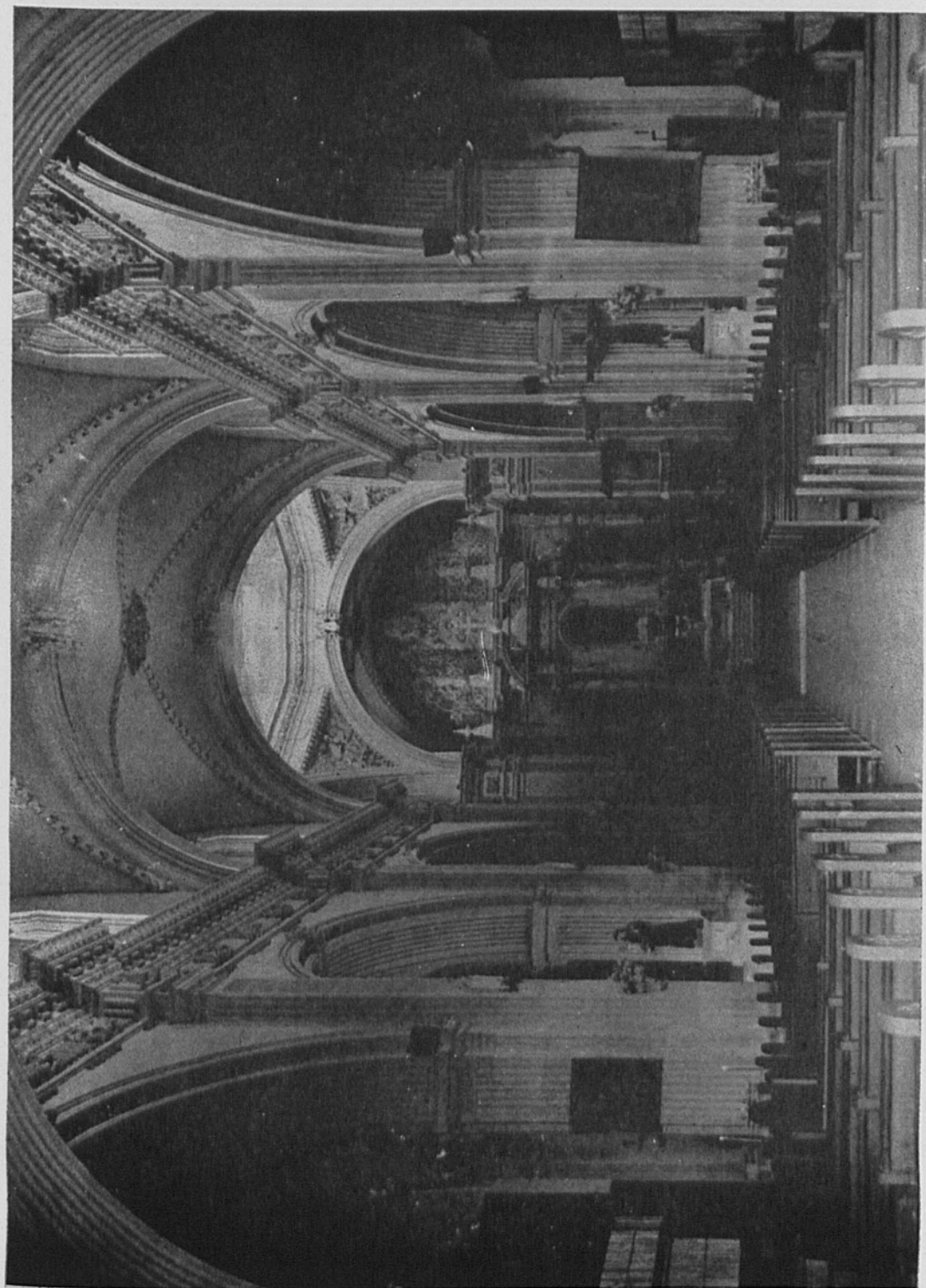


3. Catedral de Chihuahua. Grabado del siglo XIX.

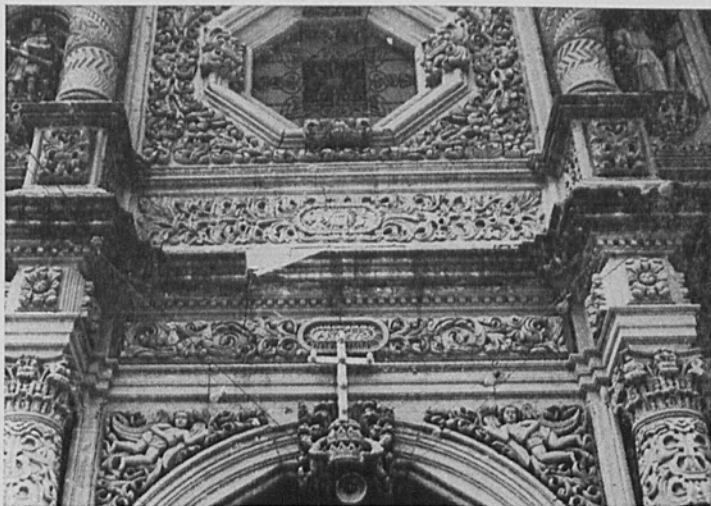
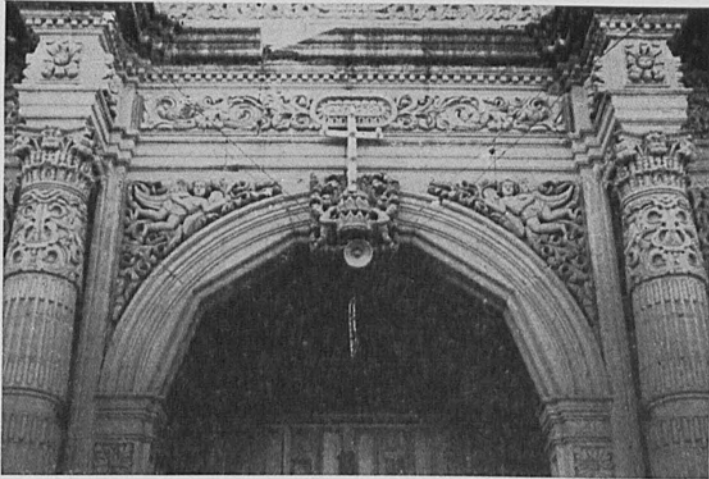


4. Catedral de Chihuahua. (Foto Brehme).

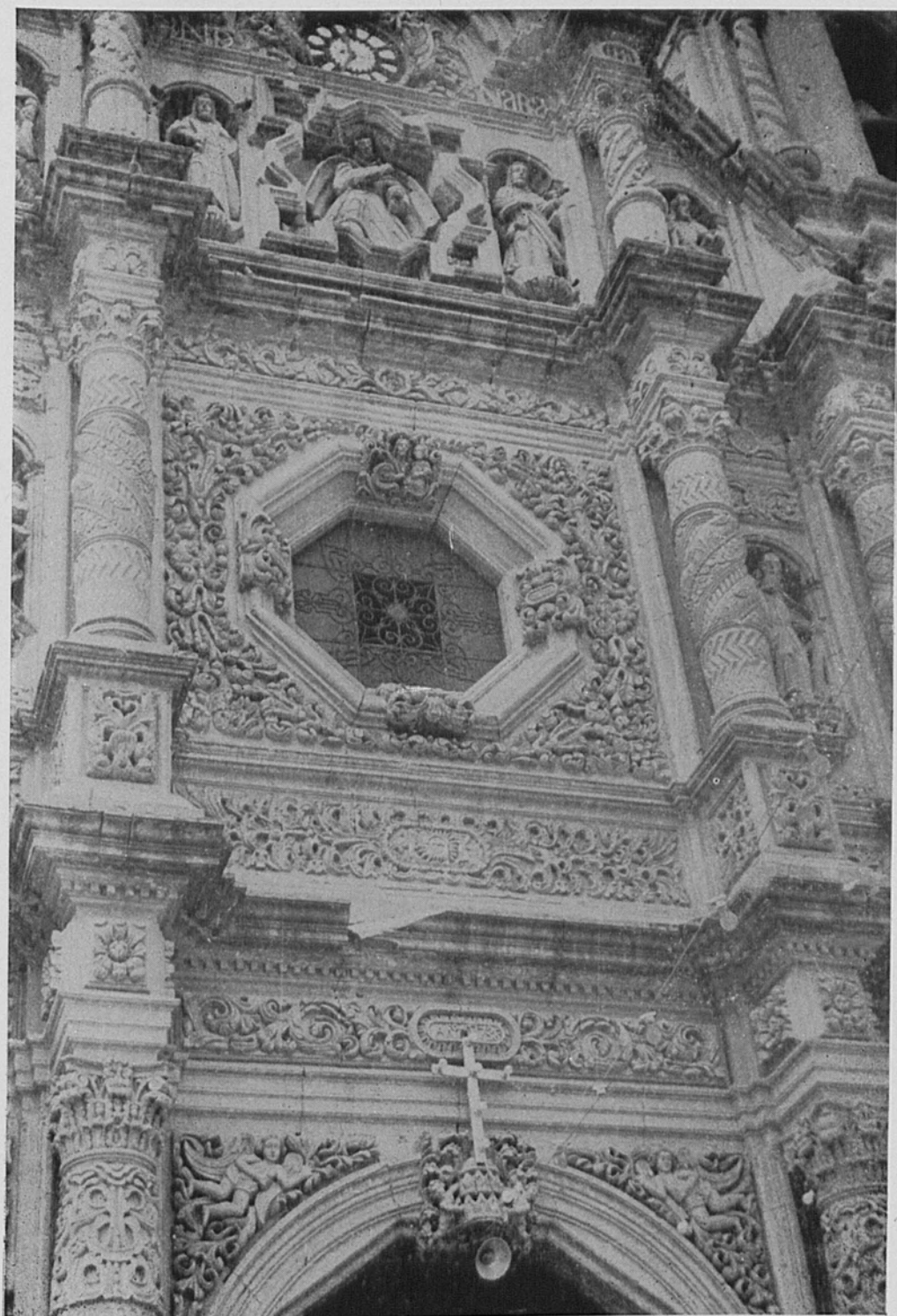




5. Nave central y altar mayor.



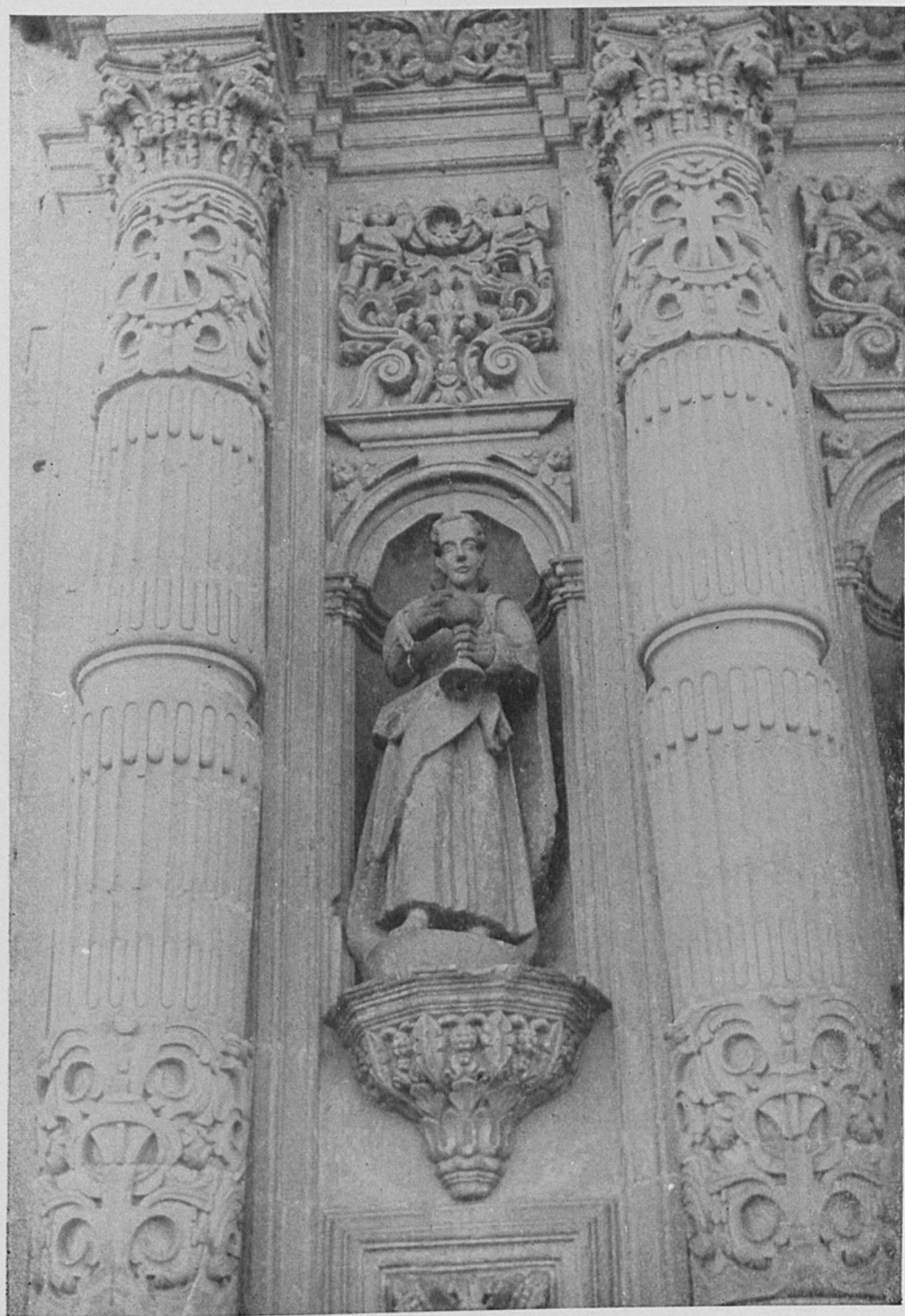
6. Fachada principal. Arco y ventana del coro.



7. Fachada principal. Ventana del coro y remate.



8. Fachada principal. Columnas y nichos.



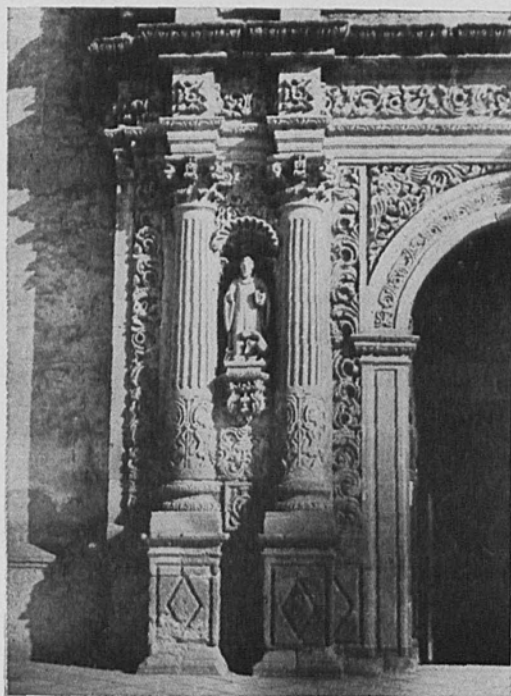
9. Fachada principal. Detalle.



10. Fachada principal. Remate.

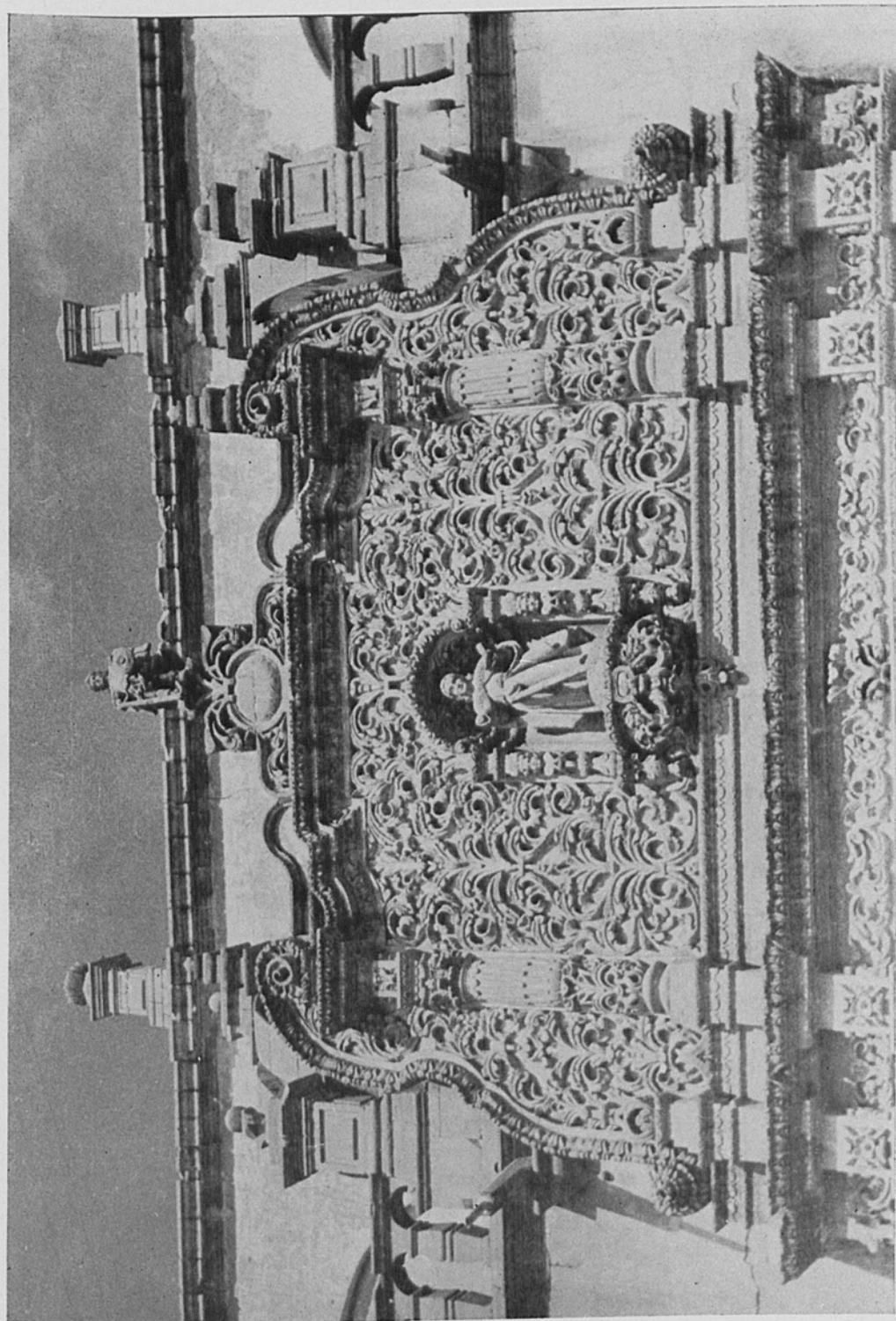


11. Fachada principal. Segundo cuerpo.



12. Fachada lateral. Arco y columnas.





13. Fachada lateral. Remate.



14. Fachada lateral. Columnas.



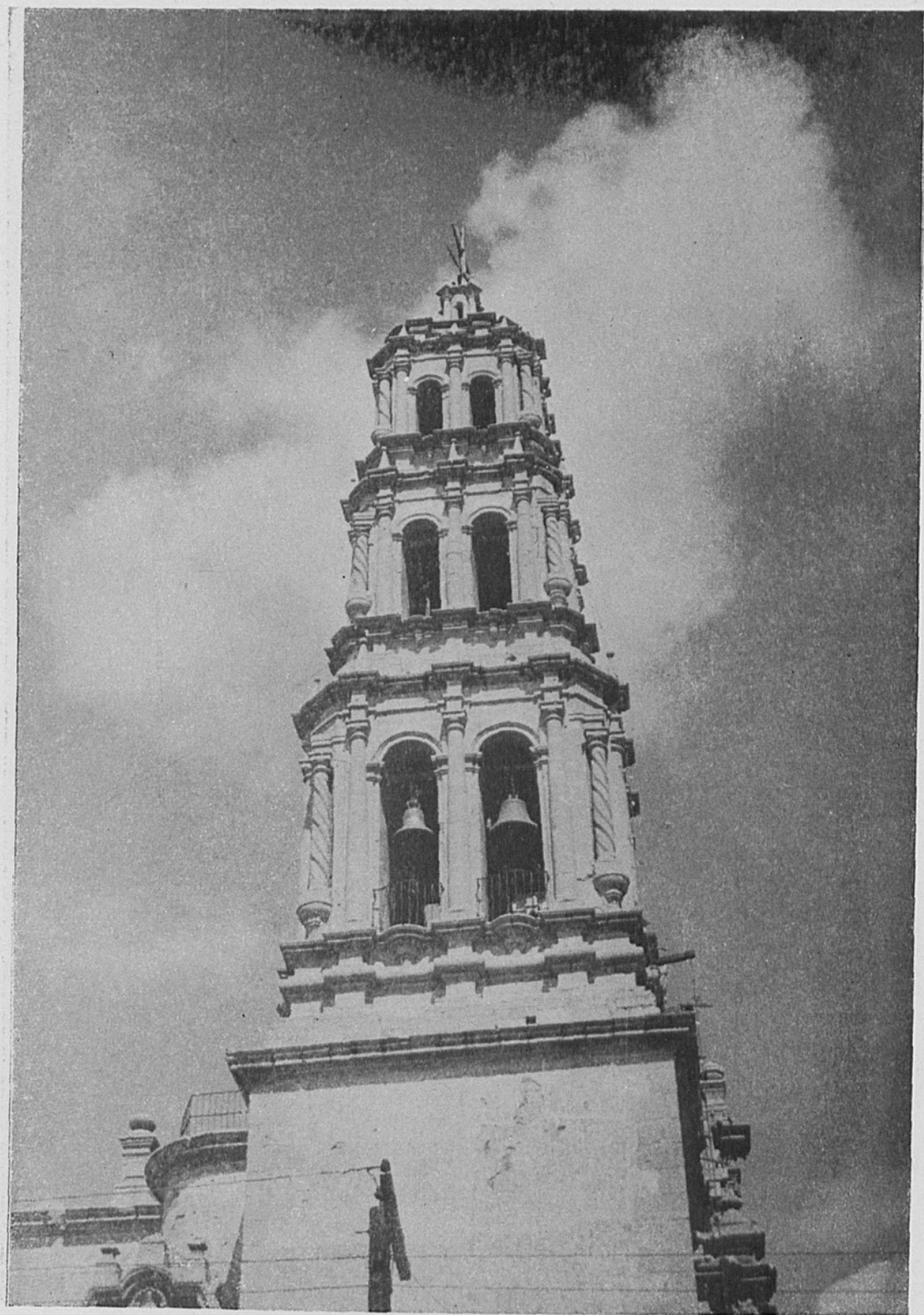
15. Fachada lateral. Detalle.



16. Capilla de las Animas. Fachada.



17. Fachada lateral y torres.



18. Torre del lado poniente.

Maurand". Se ve la catedral completa, entre humildes casas de un piso. Cabe la barda conversan tipos pueblerinos. En la fachada una pesada cruz obstruye la ventana del coro. El ángel del remate aún estaba entero. El litógrafo se equivocó en las alturas: el remate sobrepasa el primer cuerpo de las torres y éstas no tienen la altura y majestad que en realidad poseen. La cúpula, en cambio, es más alta y esbelta de lo que debe ser y se le olvidaron los óculos del tambor.

Era preferible esa humilde barda que nos enseña esta litografía a la reja actual.



La gran obra de Antonio de Nava, la fachada principal, es diferente a todas las otras que se construían en la Nueva España en el primer tercio del siglo XVIII.

Hay que recordar que para 1710, fecha aproximada de su comienzo, el uso general de las columnas era de tres principales tipos: a) columnas clásicas, lisas o estriadas, que vienen desde el siglo XVI. El ejemplo más cercano es la fachada principal de la catedral de Durango; b) columnas divididas en tercios, con ornamentación recargada en el primero, que también tiene antecedentes del siglo XVI. Los casos más evidentes y no tan lejanos son la fachada lateral de la parroquia de San Luis Potosí y la principal de Guadalupe, en Zacatecas; c) columnas salomónicas, las de uso más extendido, cuyos numerosos ejemplos están en todo el país.

También hay que recordar que las parroquias de Zacatecas, Saltillo, Monterrey y Aguascalientes, o iglesias como El Carmen, de San Luis Potosí, no se habían construido.

Antonio de Nava no tenía ejemplos más cercanos que la inconclusa y casi renacentista catedral de Durango o la salomónica parroquia de San Luis Potosí (en su fachada principal) y, claro está, las antiguas parroquias de las ciudades citadas, pero éstas de poco pudieron servirle ya que, justamente, fueron demolidas en esa época o poco después, por su pobreza, para erigir las actuales.

Y aun suponiendo que Nava hubiera conocido la arquitectura de las ciudades de México, Puebla, Guadalajara o Querétaro, tampoco serviría de antecedente de estas insólitas portadas de Chihuahua.

Antonio de Nava concibió un imafrente grandioso, de tendencia horizontal más que vertical, subrayando, más que otra cosa, la claridad y el vigor de sus tres cuerpos.

En el primero creó un tipo de columna que se corta a la mitad, por medio de un hundimiento circular, a modo de escocia; tanto arriba como abajo de este cóncavo anillo central, lleva estrías y pequeñas contraestrías y luego sendas secciones ornamentadas con tallos vegetales. Las bases llevan todos los elementos clásicos y los capiteles son correctamente corintios.

En el segundo las columnas se dividen en tres partes desiguales; la mayor, que es la central, lleva guirnaldas o grandes hojas vegetales que la abrazan ondulando en espiral, como si fuesen salomónicas; las partes menores llevan estrías en zig-zag.

Hay que hacer notar que, aunque apenas es perceptible, son columnas estípites, dobles estípites que, al partir de su parte media, tanto hacia la base como hacia el capitel, decrecen sus diámetros, haciéndolas ligeramente cónicas.

En el tercero las columnas se dividen en dos secciones desiguales; la primera, más corta, lleva estrías y un vigoroso anillo divisorio con la segunda, que es más larga y que adorna su fuste con tres guirnaldas y tres gruesas estrías en espiral.

La Catedral de Zacatecas tomaría de modelo estas columnas de Chihuahua. Las del segundo cuerpo de Chihuahua son en parte las del primero de Zacatecas y las del tercero están en la portada de la Virgen. También influye Chihuahua en la catedral de Saltillo, en la de Aguascalientes y en El Carmen de San Luis. Tiene razón Angulo cuando dice refiriéndose a esta catedral: "A juzgar por su fecha, el prototipo de la serie pudo ser la de Chihuahua. La de Zacatecas, muy poco posterior, es, en efecto, la que más se le asemeja, a pesar de su extraordinaria exuberancia decorativa. Como en ella, las tres columnas son de un mismo tipo y los intercolumnios presentan la misma hornacina. En San Luis Potosí y en Saltillo los soportes extremos sirven más bien de marco a sus compañeros y las hornacinas se reducen a los intercolumnios interiores." <sup>13</sup>

La gran "calle" central de la fachada consiste en la puerta, con arco semioctogonal inscrito en uno de medio punto; la ventana del coro es octogonal, con relieves en cuatro de sus lados. En el tercer cuerpo, dentro de un vigorosísimo marco mixtilíneo, la escultura de San Francisco y en el remate una sencilla balaustrada curva que, como dijimos,

13 *Historia del arte hispanoamericano*, tomo II, págs. 821 y 822.



es posterior a Nava, pues se despega con evidencia del riquísimo barroco del conjunto.

La escultura de un ángel, con movidos paños agitándose en sus muslos coronaba este balaustre. Estaba completa, cuando menos, hasta fines del siglo XIX, pues así consta en la litografía que reproducimos, pero ya en la fotografía de Brehme, que debe ser de la tercera década de este siglo, se ve la escultura a medias, habiendo desaparecido la mitad del ángel, de la cintura para arriba. ¿Qué se hizo después? ¿Se reconstruyó la estatua según había sido? No. Se derribó lo que quedaba y se sustituyó por un ángel mediocre y chocante, tipo santsulpiciano o barcelonés... (1)

Es en esta "calle" central donde puede observarse la ligera influencia que tuvo Nava de la arquitectura religiosa de su tiempo. El doble arco de la puerta estaba ya construido en la ciudad de México, como en San Francisco y en la Colegiata de Guadalupe; en la Congregación, de Querétaro; en San Francisco, de San Luis Potosí y tantos otros ejemplos. La ventana octogonal fue tan frecuente que es ocioso ejemplificarla.



La labor de talla de toda la fachada es magnífica en todos y cada uno de sus adornos. Los maestros canteros fueron excelentes y estuvieron bien vigilados en su trabajo. En cambio la escultura exenta es fea y pobre. Los maestros escultores no estuvieron a la altura de los canteros. Es este un fenómeno muy frecuente en la arquitectura colonial y muy explicable. Los relieves se hacían sobre dibujos y enfrente de los propios edificios que se construían; las esculturas se inspiraban, casi siempre, en grabados y se hacían en el taller, a gusto y criterio del escultor. Pocas veces corren parejos el relieve y la escultura por su calidad, como en la catedral de Zacatecas, en San Agustín o La Soledad de Oaxaca, en Tepozotlán o Tasco. Al contrario, el contraste es muchas veces tan violento que hubo casos, como en la catedral de San Luis Potosí en que, siendo el relieve estupendo, las esculturas eran tan espantosas que se quitaron y se enviaron a las azoteas, sustituyéndolas por copias de Bernini.

Entre los relieves de la catedral de Chihuahua deben destacarse la tiara de la clave del arco de la puerta, hoy semioculta y deteriorada al clavar sobre ella una cruz de palo con focos eléctricos (!!!). Los ángeles de las enjutas son muy graciosos, con sus desnudos cuerpecitos como

flotando en la hojarasca. En el zócalo del segundo cuerpo, un radiante sol se ostenta entre dos querubines y en la clave de la ventana del coro un hermoso San José lleva al Niño en sus brazos pero, deviándose un poco de la iconografía tradicional, el infante no tiene uno o dos años, sino que es un muchacho de ocho o nueve.

En las claves de los arcos de las puertas laterales están dos representaciones de la Virgen; una es la Asunción, la otra la Virgen de Regla, con el Niño en brazos; sobre la primera se asoma el Padre Eterno; sobre la segunda el Espíritu Santo: el símbolo de la Trinidad está presente.



En las fachadas laterales las columnas del primer cuerpo son más sencillas, más clásicas, con su primer tercio adornado de tallos y grandes hojas y los otros tercios acanalados. Los capiteles son, como en la principal, corintios. En el segundo cuerpo se abalaustran al angostarse el fuste a la mitad y convertirse en un cuerpo bulboso con estrías y contraestrías muy caprichoso. En esta época del orden salomónico se antoja que Antonio de Nava no quiso sumarse a la corriente, quiso ser personal y distinto y creó sus peculiares columnas que le dan toda una categoría dentro del barroco mexicano.

El remate de estas portadas es extraordinario. En el nicho central pilastrillas cariátides y una florida arquivuelta le hacen marco a las esculturas (mejores que las de la fachada principal) y luego los entrepaños se cubren totalmente de carnosas hojas y tallos que ondulan simétrica y armoniosamente partiendo de un eje o vástago central. El remate termina en unas ricas y onduladas molduras que se enroscan en caracol en sus extremos.

Este ornamentado cuerpo le recuerda a Angulo el tercero de la catedral de Zacatecas —y hay que recordar también el de Guadalupe—, pero son diferentes en las formas y aun en el símbolo. Aquí en Chihuahua es pura decoración gustosa. En Zacatecas son hojas y helechos que envuelven a los ángeles músicos, y en Guadalupe son nubes que preludian un paraíso presidido por la figura del Padre Eterno.

Hay una capilla adyacente cuya linda fachada hace ángulo con la lateral izquierda. En la arquivuelta dice, desatadas las abreviaturas: “Estando en su visita general el Ilustrísimo Señor Doctor don Pedro Tamarón se dedicó ésta, año del Señor, 1760”.

El remate es soberbio. Dentro de su movido marco se desarrolla la escena de la salvación de tres almas del purgatorio, esculpidas en forma tal que son un calvario, pues el alma del centro abre sus brazos en forma de cruz, como un cristo, y las de los lados juntan sus manos sobre su pecho como Juan y María. La escena es consciente y no casual, admirable y emotivamente construída. Arriba la Virgen de Regla rodeada de barrocas hojarascas y a sus lados, de rodillas, pidiendo por las almas, Santo Domingo y Santa Catalina.

La espadaña es posterior, fuera de proporción y de estilo. ¡Ojalá haya un día la decisión de quitarla para devolverle su majestad a este bello relieve, uno de los mejores del siglo XVIII!



“La torre —dice Angulo— es elemento de primer orden en manos de los arquitectos barrocos de la Nueva España. Dentro del escenario general de la arquitectura hispanoamericana distingúense las de México por su extraordinaria esbeltez”.<sup>14</sup>

En efecto, las torres fueron uno de los triunfos de la arquitectura colonial y con ellas gozaron los alarifes casi tanto como con las cúpulas. No hay que olvidar, sin embargo, que las altas, elegantes y esbeltas torres mexicanas están en el centro y en el norte del país, a diferencia del sur que, o carece de ellas, o son pequeñas y gruesas, como precaución ante posibles derrumbes por temblores de tierra.

Suelen ser de dos cuerpos, pero la mayoría son de tres y podrían dividirse por sus plantas, de manera provisoria, en cuatro grupos: 1. De sección cuadrada todos los cuerpos (San José, de Puebla; Tepozotlán; San Agustín, de San Luis Potosí; Parroquia de Silao, Parroquia de Guajuato; Parroquia de Dolores; Catedral de Durango). 2. De sección poligonal todos los cuerpos, generalmente octogonal (San Miguel, de México; Colegiata de Guadalupe; Parroquia de Zapopan). 3. De sección cuadrada el primer cuerpo y poligonal los demás (La Santísima, de México; La Compañía, de Puebla; la Catedral de Morelia). 4. De sección cuadrada todos los cuerpos, pero, en realidad, es un octógono muy irregular, pues éste se forma por el simple achatamiento de las esquinas que forman un pequeño chaflán (Catedral de Zacatecas; Santuario de Ocotlán; Parroquia de Tasco; El Carmen, de San Luis Potosí; San Agustín, de Querétaro).

14 Op. cit., t. II, p. 516.

En estas últimas conviene señalar que varía la ornamentación o el uso del chaflán, pues lleva unas veces un nicho para escultura; otras una columna, adosada o exenta y otras una pilastra.

Todas las torres, después de sus dos o tres cuerpos, rematan en un cupulín (que suele ser una verdadera cúpula en pequeño, con su tambor y en él los óculos y la media naranja) circular, con azulejos y luego la siempre airosa linternilla.

Algunas veces no hay cupulín, sino un remate piramidal (Santo Domingo, de México; Las Monjas, de Morelia; El Carmen, de San Luis; La Congregación, de Querétaro) o un remate bulboso (Catedral de Campeche, Santa Rosa, en Querétaro).

Las torres de la catedral de Chihuahua, unas de las más esbeltas de la Nueva España y de las más bellas y diferentes a las demás, pertenecen a la sección cuarta, a las de chaflán en las esquinas.

Se elevan sus tres cuerpos desde un triple zócalo que ya comienza a decrecer hacia arriba. En los chaflanes, como un puro elemento ornamental y en condición peculiarísima de escultura, pues lleva su peana y están en un nicho, se ostentan columnas salomónicas, las únicas de toda la Catedral, con las de la linternilla de la cúpula. Es, en realidad, el único elemento barroco, pues las medias columnas de los entrepaños son de orden dórico-toscano, rematadas todas, para subrayar su clasicismo, por pirámides con esferas, como una reminiscencia herreriana. Su autor sabía más de renacimiento que de barroco y, muy personal, no se dejó influir para nada del maestro Nava. Y ese ligero y atinado toque de lo salomónico es lo que dá a las majestuosas torres de Chihuahua su gracia extraordinaria.